



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



**Universidad
Nacional
de Quilmes**

Murilo de Carvalho, José

Los tres pueblos de la República



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Murilo de Carvalho, J. (2003). Los tres pueblos de la República. *Prismas*, 7(7), 259-279. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2666>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Los tres pueblos de la República

José Murilo de Carvalho

Universidade Federal do Rio de Janeiro

Los primeros quince años de la República, desde 1889 hasta la *Revolta da Vacina** en 1904, fueron turbulentos. Hubo asesinatos políticos, golpes de estado, insurrecciones populares, huelgas, rebeliones militares, guerras civiles. Ausente en la proclamación del nuevo régimen, el pueblo estuvo presente en esos años iniciales. Pero las oligarquías lograron crear y consolidar un sistema de poder capaz de administrar sus conflictos internos que dejaba al pueblo afuera. Se inauguró un período de paz oligárquica, basado en una combinación de cooptación y represión, que recién se vería interrumpido en 1922, cuando se produjo la primera insurrección de los tenientes. El propósito de este texto es examinar la posición del pueblo, en sus diversas facetas, durante el apogeo del sistema oligárquico, cuando la órbita de la República más se apartó de la democracia.

El pueblo en el inicio de la República

El movimiento republicano posterior a 1870 estuvo integrado sobre todo por hacendados,

profesionales liberales, periodistas, profesores, estudiantes de los niveles superiores y oficiales del Ejército. Se trató de una combinación de propietarios rurales, predominantes en el partido paulista, y de representantes de sectores medios urbanos, con más presencia en el grupo de Río de Janeiro. Pueblo, en el sentido de trabajadores rurales y urbanos, obreros, artesanos, pequeños propietarios, funcionarios públicos de nivel inferior, empleados, no hubo. La proclamación del nuevo régimen fue hecha por los militares. La única manifestación popular el día 15 de noviembre se debió al renegado José do Patrocínio, que proclamó la República en la Cámara Municipal.

Sin embargo, los conflictos entre los nuevos dueños del poder, que sucedieron a la proclamación, permitieron cierta participación popular durante los primeros quince años del nuevo régimen. Hubo choques entre civiles y militares, entre militares de la Marina y del Ejército, entre republicanos presidencialistas y parlamentaristas, entre brasileños y portugueses, entre monárquicos y republicanos, entre jacobinos y liberales. De allí la secuencia de golpes, insurrecciones militares, guerras civiles, huelgas y asesinatos políticos que agitaron los años que siguieron a la proclamación. En medio de esa turbulencia, y a veces gracias a ella, hubo sectores populares que invadieron la arena política y actuaron con di-

* La *Revolta da Vacina* [Rebelión de la Vacuna] fue un movimiento popular, que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1904, contra la vacunación obligatoria impuesta por el gobierno para combatir la propagación de la viruela. [N. de la T.]

versos grados de autonomía. La capital federal fue un polo de agitación, sobre todo durante el período jacobino que duró hasta 1897. Participaron de las turbulencias obreros, artesanos, soldados, marineros, pequeños propietarios y contingentes del enorme sector informal característico de la ciudad. En la *Revolta Federalista*, en Rio Grande do Sul, muchos combatientes provenían de la peonada de las estancias, así como en la *Revolta da Armada* estuvo presente el proletariado naval. Canudos, naturalmente, fue un movimiento puramente popular.¹

La agitación, que se propagaba por los estados gracias a las incertidumbres del proceso electoral, no favorecía a los gobernantes civiles. Era particularmente perjudicial para la negociación de empréstitos y del pago de la deuda externa, ya que minaba la confianza de los banqueros internacionales. Ésta es la razón del esfuerzo por construir un sistema de poder que pudiese reconstituir la estabilidad que se había logrado gracias al Poder Moderador durante el Imperio. La solución fue dada por Campos Sales mediante el sistema que bautizó como “política de los estados”, y que ya ha sido suficientemente estudiado.² Su receta se resume en la conocida frase: “Es desde allí [desde los estados] que se gobierna la República, por encima de las multitudes que se amotinan, agitadas en las calles de la capital de la Unión”.³ Para que el régimen se consolidara era necesario, entonces, librarse de la participación popular. Organizar un gobierno republicano viable significaba alejarse de la democracia. ¿Qué lugar

le correspondió al pueblo en esa fase oligárquica? ¿Fue, de hecho, apartado de la vida política nacional?

El pueblo de las estadísticas

Se puede decir que en la Primera República había tres pueblos, o tres caras del pueblo. La primera cara, la más visible, era la del pueblo de las estadísticas. Por eso entiendo el pueblo que revelan los números de los censos, el pueblo civil, la población en todas las dimensiones de su existencia. La segunda cara era la del pueblo que aparecía en los momentos legalmente determinados para la manifestación política, las elecciones. La tercera era la del pueblo de la calle, la del pueblo activo, que actuaba por cuenta propia, directa o indirectamente motivado por la política.

Comienzo por el pueblo de las estadísticas. La tarea resulta más sencilla debido a la existencia de datos razonablemente confiables provenientes del mejor censo hecho hasta ese momento, el de 1920. Hacía mucho tiempo que no se realizaba un nuevo censo en el país y el más confiable era todavía el de 1872, con una antigüedad de cinco décadas. Sobre la base de ese censo de 1872, el biólogo Louis Couty realizó el primer intento, en 1881, de cuantificar al pueblo político del Brasil. Sus cálculos se pueden resumir como se indica en el cuadro 1.

Cuadro 1. El pueblo del Brasil según Couty, 1881

Población total	11.000.000
Indios y esclavos	2.500.000
Agregados, campesinos, capangas, capoeiras, beberrones	6.000.000
Comerciantes, funcionarios, criados, artesanos	2.000.000
Propietarios de esclavos	500.000

Fuente: Louis Couty, *A escravidão no Brasil*, p. 102.

¹ Sobre la participación popular en la capital federal, véase José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*. Sobre el movimiento jacobino, véanse Suely R. R. de Queiroz, *Os radicais da República*, y Lincoln de Abreu Penna, *O progresso na ordem. O florianoismo e a construção da República*.

² Véase Renato Lessa, *A invenção republicana. Campos Sales, as bases e a decadência da Primeira República brasileira*.

³ Campos Sales, *Da propaganda à presidência*, p. 252.

Según el científico francés, los números señalaban la ausencia de masas organizadas, agrícolas o industriales, y de electores capaces de imponer al gobierno una orientación definida. Extrajo la siguiente conclusión: “el Brasil no tiene pueblo”, lo que quería decir que el país no tenía pueblo político, como las naciones “civilizadas”.⁴ La conclusión siguiente era que, ante tal ausencia del pueblo político, la presencia del Poder Moderador se volvía útil y necesaria para administrar los estados-mayores políticos en que se dividían las clases dirigentes.

En 1916, el diputado Gilberto Amado reprodujo el análisis de Couty sin, no obstante, darle el debido crédito al francés o a Sílvio Romero, quien ya lo había retomado en 1906.⁵ Sin disponer de datos actualizados, afirmó que nada había cambiado en la situación social del país desde los tiempos del Imperio. Los 15 millones de habitantes del interior, afirmó, era gente poco productiva, entregada a su propia miseria, sin salud, sin hábitos de trabajo, dominada por las supersticiones, inútil como fuerza económica. Y concluyó exactamente como lo había hecho Couty en 1884: “Pueblo, verdaderamente, no tenemos”.⁶ En 1925, Gilberto Amado retomó el ejercicio, en ese momento contando con la ayuda de los resultados del censo de 1920. Resumo sus nuevos cálculos en el cuadro 2.

Como la Constitución republicana había eliminado la exigencia de la renta para el ejercicio del voto pero mantenido la de la alfabetización, introducida en 1881, Gilberto

Cuadro 2. El pueblo del Brasil según Gilberto Amado, 1920

Población total	30.635.605
Personas alfabetizadas	7.493.357
Hombres alfabetizados	4.470.068
Adultos brasileños alfabetizados	1.000.000

Amado puso el énfasis en los datos sobre educación, despreciando otras características de la población. Del millón de adultos brasileños alfabetizados, esto es, de aquellos que según la Constitución serían aptos para votar, descontó a los semianalfabetos, y llegó a la conclusión de que el número de personas capaces de “tener alguna idea, por más elemental que fuese, de las cosas” no debería pasar de 500.000.⁷ Su conclusión tampoco se alejaba demasiado de la de Couty: ante tal ausencia de capacidad cívica, ganaba relevancia el gobierno de los más capaces.

Los cálculos de Gilberto Amado pueden y deben ser profundizados y corregidos. La educación era un factor importante, una vez que era el impedimento legal para el ejercicio del voto, pero también pesaban otros aspectos en la caracterización de la política oligárquica. Además, no es posible admitir que un coronel dejase de votar por el hecho de ser analfabeto (y muchos en efecto lo eran). La población del país según el censo de 1920 se muestra en el cuadro 3.

Desde el punto de vista demográfico, el Brasil de aquella época era muy diferente del actual. Tenía menos habitantes de los que tiene el estado de San Pablo hoy. El estado más populoso, Minas Gerais, era menor que el actual municipio de Río de Janeiro. Algo que no cambió mucho en relación con el presente

⁴ Louis Couty, *A escravidão no Brasil*, p. 102. En un error clamoroso, la traductora del texto tradujo “le Brésil n’a pas de peuple” por “o Brasil não é povoado [el Brasil no está poblado]”.

⁵ Al recibir a Euclides da Cunha en la Academia Brasileña de Letras en 1906, Sílvio Romero retomó el texto de Couty sobre la ausencia de pueblo diciendo que debería estar en todas las manos y en todas las escuelas. Véase Sílvio Romero, *O Brasil social*, pp. 18-20.

⁶ En Homero Senna, *Gilberto Amado e o Brasil*, pp. 123-125.

⁷ Gilberto Amado, *Eleição e representação*, p. 48.

Cuadro 3. Población del Brasil, por estados, 1920

Estados	Población (1.000)
Alagoas	978
Amazonas	363
Bahía	3.334
Ceará	1.319
Distrito Federal	1.157
Espírito Santo	457
Goiás	511
Maranhão	874
Mato Grosso	246
Minas Gerais	5.888
Pará	983
Paraíba	965
Paraná	686
Pernambuco	2.154
Piauí	609
Río de Janeiro	1.559
Rio Grande do Norte	537
Rio Grande do Sul	2.182
Santa Catarina	668
San Pablo	4.592
Sergipe	477
Territorio de Acre	92
Brasil	30.635

Fuente: *Recenseamento de 1920*, vol. IV, 1ª parte, pp. IX-X.

es la desigualdad demográfica. Los cinco estados mayores –Minas, San Pablo, Bahía, Rio Grande do Sul y Pernambuco– daban cuenta del 59% de la población total. Minas y San Pablo solos representaban el 34%. La dominación de la política nacional por parte de los grandes estados, sobre todo Minas y San Pablo, tenía por consiguiente una sólida base demográfica, ya que era la demografía la que determinaba el tamaño de las bancadas en la Cámara de Diputados.

Un dato relevante para el análisis político es el que indica la ocupación de la población. Las informaciones, también de acuerdo con el censo de 1920, se presentan en el cuadro 4.

De los 30,6 millones de habitantes, 9,1 tenían una ocupación conocida y definida. De esos, 6,4 estaban ocupados en la agricultura, la ganadería o la extracción de minerales, es

Cuadro 4. Población según la ocupación, 1920

Ocupación	Población (%)
Agricultura, ganadería, minería	70,2
Industria	12,9
Transporte	2,8
Comercio	5,4
Administración pública, civil y militar	2,1
Administración particular	1,1
Profesiones liberales	1,8
Personas que viven de rentas	0,4
Servicio doméstico	4,0
Total	100
	N = 9.191.044
Ocupación mal definida	416.568
Profesión no declarada y sin profesión	21.027.993
Total	30.635.605

Fuente: *Recenseamento de 1920*, vol. IV, 5ª parte, pp. xx y 7.

decir, 70,2% de la población activa. Era un país con gran predominio rural, incluso en comparación con los vecinos sudamericanos. En la misma época, Chile tenía 43% de la población en el sector primario; el Uruguay, 42%, y la Argentina, 24%. En una comparación más amplia, los Estados Unidos tenían 31% y Bélgica, 16%.⁸ El predominio agrario era generalizado, con la excepción del Distrito Federal, como se puede ver en el cuadro 5.

Incluso el estado más desarrollado, San Pablo, era aún predominantemente agrícola, para no hablar del hecho de que su riqueza, y en buena medida la del país, provenía de la economía cafetalera. Entre los estados grandes, Minas Gerais se destacaba por ser el más rural. Había otra característica más importante, desde el punto de vista político, que el predo-

⁸ Los datos de los otros países provienen del mismo censo, vol. IV, 5ª parte, p. XXX.

Cuadro 5. Ocupación en la agricultura y la industria, estados seleccionados, 1920

Estados	Ocupación ligada al suelo (%)	Ocupación ligada a la industria (%)
Distrito Federal	6	32
San Pablo	62	16
Minas Gerais	78	9
Pernambuco	74	11
Bahía	72	10
Rio Grande do Sul	65	13
Brasil	69	13

Fuente: *Recenseamento de 1920*, vol. IV, 5ª parte, p. XX. El total del cuadro es de 69% pues no se incluye la extracción de minerales.

minio de la población rural. Se trata de la gran desigualdad en la distribución de la propiedad de la tierra. De los 6,4 millones de personas ocupadas en la agricultura, sólo 577.000, es decir el 9%, eran propietarias. El número no excede demasiado al que había calculado Couty respecto de los propietarios de esclavos en 1881. Descontados unos 70.000 administradores y arrendatarios, el 91% restante eran trabajadores rurales. Si se separan los administradores, capataces y artesanos, esto es, carpinteros, albañiles, herreros, que tenían salarios un poco mejores, el resto, los trabajadores agrícolas propiamente dichos, vivía en condiciones que no se diferenciaban demasiado de las de los tiempos de la esclavitud. Si los jornales a secas (sin alimentación) de un herrero partían de 5\$000 en Minas Gerais en 1924, los de un trabajador agrícola tenían un piso de 2\$500 y los de un ordeñador, de 1\$500. En Pernambuco y Bahía, los salarios eran todavía más bajos. El jornal del trabajador agrícola era de 1\$500 en el primer caso y de 1\$000 en el segundo. Sólo se podían encontrar salarios un poco más altos en San Pablo y en Rio Grande do Sul. A los bajos salarios se debe sumar la

precariedad de las relaciones de trabajo. Sólo existían contratos de trabajo para los trabajadores inmigrantes protegidos por sus consules. Los acuerdos eran orales y el pago se llevaba a cabo de las más diversas formas: en salario, en mercancías, en una combinación de ambos (la práctica más común), a destajo, por tareas, por aparcería. El pago en mercancías era particularmente perverso. El trabajador compraba en el almacén del propietario a precios altos y el valor de la compra era descontado del salario. En la ganadería nordestina, el dinero prácticamente no circulaba: el resero recibía su pago en crías de ganado.⁹

Si se lleva el análisis un paso adelante, se observa que entre los pocos propietarios existía además gran desigualdad en el tamaño de los establecimientos, como muestra el cuadro 6.

Los números indican que los establecimientos de menos de 100 hectáreas, que pueden clasificarse como pequeñas propiedades, constituían el 72% de los establecimientos pero ocupaban el 9% del área total. Las propiedades medianas (de 100 a menos de 1.000 hectáreas) estaban en una posición más equilibrada; representaban el 24% de los establecimientos y el 28% de la superficie total. Por su parte, las grandes propiedades, los latifundios, representaban sólo el 4% de los establecimientos pero poseían el 63% del área total. Como había más establecimientos que propietarios, ya que algunos hacendados tenían más de una estancia, el número de grandes propietarios era aun menor que los 26.315 del cuadro. Si se suman los propietarios medios y grandes, los que realmente retenían el poder económico, social y político en los municipios, tenemos cerca de 180.000 personas. Eran los coroneles

⁹ Véase Ministério da Agricultura, Indústria e Comércio, *Salários rurais. Inquérito [...] sobre as oscilações dos salários rurais em todo o país, durante o quinquênio de 1922-1926*. También del mismo Ministerio, *Salários dos trabalhadores rurais no Brasil*.

Cuadro 6. Distribución de la propiedad rural, 1920

Establecimientos	Número	%	Área (hectáreas)	%
Menos de 100 ha	463.879	72	Menos de 100 ha	9
De 100 a menos de 1.000 ha	157.959	24	De 100 a menos de 1.000 ha	28
De 1.000 ha en adelante	26.315	4	De 1.000 ha en adelante	63

Fuente: IBGE, *Estatísticas Históricas do Brasil*, p. 318.

de la República, los que mandaban directamente en los municipios e, indirectamente, en los estados y en la Unión.¹⁰

La población urbana, definida como la de las ciudades con 20.000 habitantes o más (74 en conjunto), representaba apenas 16,6% del total. En los estados hoy identificados como el Nordeste, no pasaba de 10%. Los obreros industriales no llegaban a 300.000, un tercio de ellos aproximadamente en el sector textil, y estaban concentrados en la capital federal y en San Pablo. El grupo con mejores condiciones para constituir la base de una opinión pública independiente era el de los profesionales liberales, categoría en la cual el censo incluía profesores, juristas, ingenieros, religiosos, médicos y parteras. Este sector no pasaba de las 168.000 personas.

La dependencia de la mayoría en relación con los señores de la tierra se veía agravada por el bajísimo nivel de escolarización, como se muestra en el cuadro 7.

Fuera del Distrito Federal, sólo Rio Grande do Sul superaba el 30% de alfabetizados. Los índices más altos de ese estado, así como los de San Pablo y Santa Catarina, se deben sin duda a la presencia de inmigrantes europeos y de sus descendientes. La tasa de

alfabetización de los extranjeros era de más del doble que la de los brasileños (52% y 23%, respectivamente). Había en el país 1,6 millones de extranjeros, concentrados en el Distrito Federal, en San Pablo y en los estados del sur. Solo el estado de San Pablo albergaba al 53% de ellos. El 35 % de la población de la capital de ese estado eran inmigrantes. En los otros estados, la herencia de la esclavitud pesaba con más fuerza. El analfabetismo era uno de los aspectos más terribles de esa herencia.

Ni siquiera las capitales de los estados presentaban un panorama alentador, no obstante

Cuadro 7. Alfabetización, estados seleccionados, 1920

Estados	%
Alagoas	14,8
Bahía	18,4
Distrito Federal	61,3
Minas Gerais	20,7
Pernambuco	17,8
Piauí	12,0
Río de Janeiro	24,7
Rio Grande do Sul	38,8
San Pablo	29,8
Santa Catarina	29,5
Brasil	24,5

¹⁰ Sobre el sistema coronelista, véase el estudio clásico de Victor Nunes Leal, *Coronelismo, enxada e voto*. Véase también Eul-Soo Pang, *Coronelismo e oligarquias, 1889-1943*.

Fuente: *Recenseamento de 1920*, vol. IV, 4ª parte, pp. X-XI.

tuviesen, naturalmente, menos analfabetos. La situación mejor era la del Distrito Federal, con 61,3% de alfabetizados, y la peor era la de Teresina, con apenas 16,5%. En la media, los alfabetizados representaban cerca de la mitad de la población de las capitales.

La situación calamitosa de la educación popular en el Brasil resulta más evidente cuando se la compara con la de otros países. Los datos provienen del mismo censo de 1920. Entre la población de 7 años o más, el Brasil tenía 31% de alfabetizados, mientras que la Argentina tenía 62%, exactamente el doble. La brecha crece todavía más cuando se compara con Francia o con los Estados Unidos. En el primer país, la alfabetización de la población de 10 años o más era de 89% y en los Estados Unidos, de 94%. Hasta incluso Portugal, cuyo estilo de colonización fue responsable de la tradición brasileña de desinterés hacia la educación popular, tenía en la época el doble de alfabetizados en la población total (53%), en comparación con la ex colonia.

Puesto que la Constitución excluía a los analfabetos, los extranjeros y los menores de 21 años del derecho al voto (no mencionaba a las mujeres, tradicionalmente excluidas), se llega a la conclusión de que la propia carta republicana reducía a cerca de 10% a la población capaz de participar en el gobierno del país, como se puede ver en el cuadro 8.

La población apta para votar era menor que la del cuadro 8, ya que el límite de edad era de 21 años y no de 15. El censo no proporciona datos de alfabetización sobre la población de 21 años y más. Pero es posible hacer una aproximación respecto de esta población. Había 6 millones de hombres de 21 o más años. La tasa de alfabetización de los hombres de 15 años en adelante era de 40%. Si se aplica esa tasa a los 6 millones, se obtiene un número aproximado de 2,4 millones de brasileños adultos alfabetizados autorizados a votar. El número es mucho mayor

Cuadro 8. Población apta para ejercer el voto, 1920

Población	Número
Total	30.635.605
Menos los analfabetos, quedan	7.493.357
Menos las mujeres, quedan	4.470.068
Menos los extranjeros, quedan	3.891.640
Menos los menores de 15 años, quedan	3.218.243

que el que había encontrado Gilberto Amado. Sin embargo, dependiendo de cómo se interprete su concepto de semianalfabetismo, puede ser que el número final al que llegó no estuviese tan desacertado.

El cuadro social que se acaba de mostrar no desentona, por consiguiente, demasiado con el que habían entrevistado Couty y Gilberto Amado. Pero antes de llegar a las conclusiones de los dos autores sobre la imposibilidad de hacer funcionar un sistema representativo con ese material humano, cabe examinar mejor el comportamiento político de ese pueblo aparentemente tan poco preparado para componer una nación de ciudadanos. La participación política por excelencia en un sistema representativo moderno se realiza cuando toman parte del proceso electoral. Cabe, entonces, examinar el pueblo de las elecciones.

El pueblo de las elecciones

Comienzo por documentar el impacto de la demografía en la representación de los estados en la Cámara Federal (cuadro 9).

A pesar de estar subrepresentados, los cinco estados mayores en población, Minas, San Pablo, Bahía, Rio Grande do Sul y Pernambuco, daban cuenta del 54% de los diputados. Minas y San Pablo solos, con 34% de la población, retenían 28% de la representación en la Cámara. Las grandes bancadas, disciplina-

Cuadro 9. Número de diputados por estado

Estados	Número de diputados
Alagoas	6
Amazonas	4
Bahía	22
Ceará	10
Distrito Federal	10
Espírito Santo	4
Goiás	4
Maranhão	7
Mato Grosso	4
Minas Gerais	37
Pará	7
Paraíba	5
Paraná	4
Pernambuco	17
Piauí	4
Río de Janeiro	4
Rio Grande do Norte	16
Rio Grande do Sul	17
Santa Catarina	4
San Pablo	22
Sergipe	4
Territorio de Acre	—
Brasil	212

Fuente: Ministério da Agricultura, Indústria e Comércio, Diretoria do Serviço de Estatística. *Estatística eleitoral da República dos Estados Unidos do Brasil*, pp. 3-241.

das por los partidos republicanos de los estados, eran la base de la política de los estados, pues garantizaban la mayoría de votos en la Cámara a los presidentes de la República. Como decía Gilberto Amado en 1931: “En el régimen en el que vivimos, el Brasil no es un país, no es una nación; el Brasil es apenas San Pablo, Minas, Rio Grande; sería Bahía y Pernambuco si en esos estados hubiese más riqueza e intensidad”.¹¹ No casualmente sólo

había una elección competitiva cuando uno o más de los cinco grandes, y se puede incluir en la lista también al estado de Río de Janeiro, entraba en disidencia.

Paso a examinar la participación electoral. La principal elección nacional en el sistema presidencial es la del propio presidente de la República. Los resultados están en el cuadro 10.

Dos cosas quedan bien claras. La primera confirma la tesis de que el pueblo de las estadísticas demográficas está casi totalmente ausente de las estadísticas electorales. Ni siquiera el 7,8% de adultos alfabetizados a los cuales la Constitución les daba el derecho al voto, lo ejercía. En el período que cubre este análisis, la participación electoral giró entre 1,4% y 3,4% de la población. Peor aun, la mayor participación se dio en la primera elección, la de Rodrigues Alves. En números absolutos, cerca de 550.000 personas votaron en cada elección, un número muy cercano a los 500.000 de Couty y de Gilberto Amado. Recién en la última elección de la Primera República hubo un aumento considerable de la asistencia a las urnas, aunque no llegó al 6% de la población. Los números son escandalosos si se recuerda que antes de la introducción de la elección directa, en 1881, la participación electoral se elevaba al 13% de la población libre.

La ausencia casi total de participación se verificaba en la misma capital de la República, donde el índice de escolarización era más alto. Con cerca de 20% de la población apta para votar, votó apenas 1,3% en la elección presidencial de 1894, 0,9% en la de 1910 y 2,2% en la de 1922. La participación electoral recién comenzó a subir en la déca-

¹¹ *Eleição e representação*, p. 175. Sobre la política de los estados grandes, véanse los capítulos escritos por Joseph Love (Rio Grande do Sul), John Wirth (Minas Gerais) y Robert Levine (Pernambuco), en Boris Fausto (comp.), *História geral da civilização brasileira. O*

Brasil republicano, tomo III, vol. 1. Véanse también Simon Schwartzman, *São Paulo e o Estado nacional*, y Marieta de Moraes Ferreira (comp.), *A República na velha província*.

Cuadro 10. Elecciones presidenciales, 1894-1930

Candidato vencedor	Número de votantes (miles)	Porcentaje de votantes sobre la población	Porcentaje de votos al candidato vencedor sobre el total de votantes
Prudente de Moraes (1894)	345	2,2	84,3
Campos Sales (1898)	462	2,7	90,9
Rodrigues Alves (1902)	645	3,4	91,7
Afonso Pena (1906)	294	1,4	97,9
Hermes da Fonseca (1910)	698	3,0	57,9
Venceslau Brás (1914)	580	2,4	91,6
Rodrigues Alves (1918)	390	1,5	99,1
Epitácio Pessoa (1919)	403	1,5	71,0
Artur Bernardes (1922)	833	2,9	56,0
Washington Luís (1926)	702	2,3	98,0
Júlio Prestes (1930)	1.890	5,6	57,7

Fuente: adaptado de Guerreiro Ramos, *A crise do poder no Brasil*, p. 32. Los datos de votantes para 1910 fueron corregidos de acuerdo con la información de: Ministério de Agricultura, Indústria e Commercio, *Estatística eleitoral da República dos Estados Unidos do Brazil*, pp. 244-245.

da de 1920.¹² El recelo a salir a las calles en días de elección estaba generalizado debido a la violencia de los capangas al servicio de los candidatos. En la capital, como en el país, se aplicaba lo que Lima Barreto había dicho de los políticos de la República de los bruzundangas: “habían conseguido casi totalmente eliminar del aparato electoral este elemento perturbador: el voto”.¹³

Se puede argumentar que las estadísticas electorales no son confiables a causa de la corrupción generalizada que caracterizaba a las elecciones. En efecto, había fraude en la inscripción de electores, fraude en la votación, fraude en el recuento de los votos, fraude en el reconocimiento de los elegidos. Todas las fases del proceso electoral estaban

controladas por personas ligadas con las jefaturas locales que se conectaban, a su vez, con las jefaturas de los estados y éstas con la nacional. Había elecciones hechas exclusivamente por los jefes que se valían de otras personas sólo para variar la caligrafía. Eran las llamadas elecciones “a plumín”. Pero el fraude sólo afectaba la representación, lo que reducía su autenticidad. No reducía el número de votantes, incluso podía aumentarlo. Se llega así a la conclusión, contraria al dictado bíblico, de que eran pocos los llamados a votar y menos todavía los que votaban. Y el voto de los últimos era manipulado por los jefes locales, de los estados y nacionales.

La baja participación electoral queda mejor demostrada en el cuadro 11.

Para comenzar, hay que recordar que la elección presidencial de 1910 fue una de las pocas competitivas del período. En ella, Rui Barbosa disputó la presidencia con el mariscal Hermes da Fonseca. Los dos estados grandes, Minas Gerais y San Pablo, estaban

¹² Véanse José Murilo de Carvalho, *Os bestializados*, pp. 85-86, y Michael L. Conniff, *Urban politics in Brazil. The rise of populism, 1925-1945*, p. 73.

¹³ *Os bruzundangas*, p. 113. La novela es de 1917.

Cuadro 11. Electores y votantes en la elección presidencial de 1910, por estados

Estados	Electores como porcentaje de la población	Votantes como porcentaje de los electores*	Votos contados como porcentaje de los votantes	Votos contados como porcentaje de la población
Alagoas	2,7	60,5	89,0	1,5
Amazonas	3,5	44,7	97,8	1,6
Bahía	4,0	91,5	66,7	2,4
Ceará	4,3	67,5	95,3	2,8
Distrito Federal	2,7	34,4	52,1	0,5
Espírito Santo	5,7	59,1	80,4	2,8
Goiás	5,1	51,6	95,9	2,5
Maranhão	4,8	42,6	85,7	1,7
Mato Grosso	4,8	43,9	99,7	2,1
Minas Gerais	5,7	54,9	96,9	3,1
Pará	10,2	66,9	77,4	5,3
Paraíba	3,8	54,1	61,1	1,3
Paraná	6,9	48,1	99,4	3,4
Pernambuco	4,3	53,0	93,2	2,1
Piauí	5,0	70,7	79,3	2,8
Rio Grande do Norte	3,4	66,4	81,0	1,9
Rio Grande do Sul	7,4	57,3	99,9	4,3
Río de Janeiro	6,3	68,5	77,4	3,4
Santa Catarina	5,9	56,2	98,4	3,2
San Pablo	4,5	67,7	99,9	3,1
Sergipe	3,0	51,2	94,7	1,4
Brasil	5,0	60,3	89,9	2,7

Fuente: Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio, *Estatística eleitoral da República dos Estados Unidos do Brazil*, pp. 244-245.

* Datos recalculados.

desavenidos. El candidato de la oposición, Rui Barbosa, apoyado por San Pablo, llevó a cabo la primera campaña electoral dirigida a la población. A pesar de eso, como muestra el cuadro 11, además de ser muy bajo el número de electores en relación con la población, la asistencia electoral fue también muy pequeña. En el Brasil como un todo, el índice de abstención de los electores fue del 40%. En cuatro estados, la abstención superó el 50%. Sólo se verificó un índice tan alto de inasistencia, fuera del período estudiado aquí, en la elección presidencial de 1955 (40%). En las elecciones presidenciales de la República actual la abstención ha girado en torno del 15%.

Además de la abstención, estaban los votos nulos, que llegaban al 10% de los votos emitidos. Si se toman en cuenta sólo los vo-

tos válidos, la participación electoral en el país cae hasta el 2,7% de la población, con ningún estado que superara el 4,3% de Rio Grande do Sul. La tasa del 10% fue el doble de las que se vieron en el período de 1945 a 1964, mayor también que la de 1989, más de la mitad de la de 1994 (19%).¹⁴ Es difícil interpretar el sentido, en aquella época, de los votos no válidos. La validez o no del voto dependía más del responsable del recuento que del votante. Un alto porcentaje de votos váli-

¹⁴ La *Estatística eleitoral* se refiere a los votos contados (válidos) sin mencionar el voto nulo y en blanco. Para las elecciones posteriores a 1945, véanse Wanderley Guilherme dos Santos (coord.), *Que Brasil é esse?*, pp. 144-148, y Jairo Marconi Nicolau (comp.), *Dados eleitorais do Brasil (1982-1996)*, pp. 23-28.

dos podía indicar sólo un mayor control oligárquico del proceso electoral. De modo inverso, un bajo porcentaje podía indicar una mayor competencia. Cuanto mayor el control de la máquina, menor el número de votos nulos. Los casos de Rio Grande do Sul y de San Pablo son ejemplares. El índice de validez es de casi 100%, altamente improbable. Sólo puede atribuirse al fuerte control que ejercían el PRR [Partido Republicano Riograndense] y el PRP [Partido Republicano Paulista]. Bahía, caracterizada por las intensas luchas internas, tuvo uno de los índices más altos de votos nulos. Como decía Francisco Belisário, al referirse a las elecciones imperiales, las elecciones que aparecían en las actas como las más regulares eran, en verdad, las hechas “a plumín”, al margen del votante.¹⁵

El caso del Distrito Federal es el más escandaloso. En 1910, los electores representaban apenas el 2,7% de la población. Votó el 34% de los electores. De los votos emitidos, sólo fue considerado válido el 52%. Finalmente, los votos válidos correspondían al 0,5% de la población. Como la capital era el municipio con la tasa más alta de alfabetización (61%), es necesario concluir que no era sólo el grado de instrucción el que afectaba la participación electoral. En los estados, las oligarquías apartaban a los votantes de las urnas, pues no les interesaba promover la disputa electoral. Las elecciones eran caras, exigían el reclutamiento de electores y la compra de votos. Mayor competencia significaba más electores y, por lo tanto, más gastos. En la capital de la República, la abstención no era producida por las oligarquías. Obedecía al puro miedo. Las elecciones eran batallas comandadas por capangas armados con cuchillos y navajas. Quien estaba en su sano juicio, se quedaba en la casa.

Como era de esperar, la abstención era aun mayor en las elecciones legislativas. En 1912, cuando se renovó la Cámara y un tercio del Senado, la asistencia fue del 52%, índice mucho más alto de los que se observaron después de 1945. Los votos nulos en la elección de senadores fueron de casi el 20%. Hoy, los votos nulos y en blanco en elecciones legislativas pueden llegar al 41%, como sucedió en la elección de 1994. Nuevamente, Rio Grande do Sul aparece como modelo de control político al exhibir 100% de votos válidos.¹⁶

Volviendo al cuadro 10, se observa otra información relacionada con la competencia política. Se ve que en el período que va de 1904 a 1922 sólo dos elecciones presidenciales pueden ser calificadas como competitivas, la de 1910 en la que ganó Hermes da Fonseca frente a Rui Barbosa, y la de 1922, en la que triunfó Artur Bernardes frente a Nilo Peçanha. Fueron las únicas en las que el vencedor obtuvo menos del 70% de los votos. En la de 1919, Rui Barbosa apenas llegó a incomodar a Epitácio Pessoa. La última elección de la Primera República fue la más disputada, pero no se puede decir que la competencia creciera después de 1922, porque la de 1926 fue casi unánime. La escasa competencia muestra la eficacia de los estados-mayores políticos para neutralizar las oposiciones. El fantasma de la disidencia oligárquica estaba siempre presente y era necesario un esfuerzo constante de negociación, amenazas y, muchas veces, de pura represión para preservar el orden creado por Campos Sales. Como mecanismo de arbitraje entre las élites, la política de los estados era menos eficiente que el Poder Moderador. De todos modos, la conclusión que se puede sacar de los datos presentados es que el electorado, el pueblo de las elecciones, el pueblo político oficial, por sí solo, era incapaz de plantear algún tipo de amenaza al sistema.

¹⁵ Francisco Belisário de Soares de Souza, *O sistema eleitoral no Império*, p. 33.

¹⁶ *Estatística eleitoral*, pp. 244-245.

El pueblo de la calle

Tanto el texto de Couty como el de Gilberto Amado llegaban a la conclusión de que no había pueblo político, de que el pueblo civil no actuaba políticamente. Vimos que, en efecto, el pueblo electoral era muy reducido y, además, que sus votos eran distorsionados por la manipulación de los resultados. Pero había un tercer pueblo, o una tercera cara del pueblo, que ni era la masa de los ciudadanos, ni eran los rebaños electorales. Había un pueblo que se manifestaba, en general al margen de los mecanismos formales de participación, cuando no en contra del propio sistema político. Ese pueblo existía tanto en las ciudades como en el campo. Lo llamo el pueblo de la calle para mostrar que salía del ámbito doméstico al dominio público sin, no obstante, encuadrarse en las reglas de los palacios. Su acción no siempre tenía consecuencias inmediatas para el sistema político, pero como mínimo denunciaba sus fisuras y sus limitaciones.

El fenómeno venía de los tiempos del Imperio. En el agitado período de la Regencia, los conflictos entre grupos de la élite abrieron el camino a varias insurrecciones populares que sacudieron el país de norte a sur. En el inicio del Segundo Reinado, esos grupos llegaron a un acuerdo político en torno del Poder Moderador. Entendieron que ese Poder tenía condiciones para arbitrar sus conflictos, garantizando que ninguna facción fuese excluida de la posesión del gobierno. Como consecuencia, terminó la agitación de la Regencia. Pero las manifestaciones populares no desaparecieron: cambiaron de naturaleza. Sin los conflictos entre élites que les abriesen brechas políticas por donde podían escabullirse, ellas asumieron un carácter defensivo en relación con las iniciativas del Estado. Poblaciones rurales y urbanas se sublevaron contra políticas del Estado central que, si bien eran legales, entraban en conflicto con sus valores, tradiciones y costumbres. Se su-

blevaron contra el enrolamiento, el registro civil, la introducción del sistema métrico, el reclutamiento militar, el aumento de tarifas del transporte colectivo, la secularización de los cementerios. Eran medidas de racionalización y secularización del Estado, que a menudo entraban en conflicto con los estilos tradicionales de vida. Llamé a los agentes de estas insurrecciones como ciudadanos en negativo para señalar su postura reactiva frente a la política.¹⁷

Algo semejante sucedió en la República tras la consolidación oligárquica. La política de los estados cumplía el mismo papel del Poder Moderador en lo concerniente al arbitraje de los conflictos entre grupos de la élite. Hasta la consolidación, se vio algo parecido a lo que había sucedido en el período de la Regencia, tal vez de mayor gravedad, ya que la guerra civil llegó a la capital del país. El período turbulento terminó en la *Revolta da Vacina*, que combinaba el estilo negativo del Segundo Reinado con la nueva modalidad del conflicto, típica de los primeros años del nuevo régimen. La insurrección de 1904 fue una protesta de la población pobre de Río de Janeiro contra la injerencia del Estado, considerada ilegítima, en sus vidas. Pero tuvo como aliados a intelectuales positivistas y alumnos de escuelas militares, los últimos todavía imbuidos de positivismos y florianismos, y disconformes con la consolidación del ajuste oligárquico.¹⁸

A partir de 1904, hasta 1922, las multitudes agitadas de la capital, que tanto perturbaban a Campos Sales, aparecieron en la *Revolta da Chibata* de 1910 y en las grandes huelgas del período 1917-1919, que también llegaron al estado y a la ciudad de San Pablo. La insu-

¹⁷ José Murilo de Carvalho, "Cidadania: tipos e percursos", *Estudos Históricos*, 9, 18 (1996), pp. 337-359.

¹⁸ Sobre esa insurrección, véanse Nicolau Sevcenko, *A Revolta da Vacina*, y José Murilo de Carvalho, *Os bestializados*, cap. IV.

rección de 1910 estuvo protagonizada por lo que se podría llamar como proletariado naval, aún sometido a prácticas disciplinarias de la época de la esclavitud. Los marineros dejaron a los gobernantes estupefactos con su capacidad de maniobrar los modernos navíos de guerra recientemente comprados y llevaron el pánico a la capital de la República. Tomado de sorpresa, el gobierno amnistió de entrada a los insurrectos, pero de inmediato los persiguió, encarceló y deportó.¹⁹

Las huelgas obreras constituyeron un nuevo ingrediente, generado en la corriente de la abolición de la esclavitud y del crecimiento de la inmigración extranjera. La población obrera era pequeña pero se destacó por la combatividad, sobre todo en la ciudad de San Pablo y en la capital federal. Pequeño y dividido en varias tendencias, que iban del oficialismo al reformismo y al anarco-sindicalismo, el movimiento obrero tuvo que enfrentar además la falta de tradición organizativa y la acción represora de los gobiernos y de los patrones para defender los intereses de la clase. Su punto alto se vio en las huelgas de 1917 a 1919 en San Pablo y en Río de Janeiro. En 1917 hubo 45 huelgas en la capital y 29 en el interior del estado de San Pablo, entre las que sobresalieron las de los obreros textiles.²⁰ Se ha estimado que hubo 236 huelgas en el estado de San Pablo y en la capital federal entre 1917 y 1920, en las que participaron alrededor de 300.000 obreros. En 1917 hubo huelgas generales en las ciudades de San Pablo y Río de Janeiro. En la huelga general de Río de Janeiro participaron cerca de 100.000 obreros.²¹

¹⁹ Sobre la insurrección de los marineros, véase Edmar Morel, *A Revolta da Chibata*. Para una visión diferente, véase Hélio Leôncio Martins, *A revolta dos marinheiros, 1910*.

²⁰ Cálculos de Azis Simão, *Sindicato e Estado*, pp. 149-158.

²¹ Véase Boris Fausto, *Trabalho urbano e conflito social (1890-1920)*, pp. 134-191. Véase también Francisco Foot y Victor Leonardi, *História da indústria e do trabalho no Brasil*, cap. 17.

A pesar de las divisiones ideológicas, el movimiento obrero intentó organizarse. Entre 1915 y 1929 se crearon cerca de 70 asociaciones obreras en el estado de San Pablo, que se sumaron a otras 66 que habían sido fundadas desde el comienzo del siglo.²² En 1906 se realizó el primer Congreso Obrero Brasileño, en el que participaron asociaciones de varios estados. El segundo Congreso tuvo lugar en 1913 y el tercero, en 1920. En 1908 se creó la Confederación Obrera Brasileña (COB), bajo el liderazgo anarco-sindicalista. Apoyadas por una prensa combativa, las asociaciones obreras luchaban por salarios más altos y mejores condiciones de trabajo, contra medidas represivas como la Ley Adolfo Gordo de 1907, que preveía la expulsión de “agitadores” extranjeros, y por causas más amplias como el pacifismo.

El efecto directo de las luchas obreras en el sistema político fue limitado. En parte, eso se debió al hecho de que el anarco-sindicalismo era adverso a la participación política, y se concentraba en la acción económica contra los patrones. En consecuencia, era contrario a la organización de partidos políticos y a la participación electoral. Los intentos de formación de partidos obreros, hasta 1922, en general promovidos por sectores de orientación socialista, no tuvieron éxito. En Río de Janeiro, algunas organizaciones se acercaron a la política, pero lo hicieron dentro de lo que se llamó el sindicalismo amarillo, esto es, con un espíritu clientelista y no militante. El mariscal Hermes da Fonseca, en su presidencia, intentó cooptar al movimiento patrocinando, en 1912, la organización de un Congreso Obrero, al cual adhirieron algunas asociaciones de trabajadores, pero que fue rechazado por la mayoría.

Otra razón del escaso impacto político del movimiento obrero provenía del mismo sis-

²² Azis Simão, *Sindicato e Estado*, p. 202.

tema oligárquico. Como se vio, las posibilidades de influir en la política por la vía de la participación electoral eran nulas. En esas circunstancias, los sectores militantes del movimiento obrero podían incluso ser atraídos por tentaciones golpistas. Fue lo que de hecho sucedió en Río de Janeiro en 1918, cuando organizaciones anarco-sindicalistas planearon un asalto al palacio de Catete, que se realizaría en el marco de una huelga general y que contaba con apoyo de suboficiales del Ejército. El plan no se encuadraba en la tradición anarco-sindicalista. Sin duda, estaba inspirado, sobre todo en lo que se refiere al tipo de alianza propuesta, en la revolución bolchevique del año anterior. La conspiración fue denunciada y abortada. Después de 1922, el movimiento entró en descenso. Su mayor impacto fue indirecto y posterior. Después de 1930, la política social y laborista entró en la agenda de los gobiernos para siempre.

Además de la acción espectacular de las huelgas e insurrecciones, también había actividades, si bien menos organizadas, que giraban en torno de problemas cotidianos. En el día a día, la población de la capital de la República, y por cierto también la de otras ciudades, interactuaba con las autoridades, sobre todo policiales, para protestar y para reivindicar. Encontraba así canales para hacerse oír, que no pasaban ni por la representación ni por la rebeldía. Curiosamente, muchas de las quejas de la población de Río en aquella época no difieren mucho de las de hoy. Giraban en torno de la seguridad, de la calidad de los servicios públicos urbanos, de las condiciones de vida.²³

²³ Véase Eduardo Silva, *As queixas do povo*, p. 146. El autor examina las quejas que la población hacía publicar en una sección del *Jornal do Brasil*. Marcos Luiz Bretas estudió las relaciones de la población con la policía en *A guerra das ruas: povo e polícia na cidade do Rio de Janeiro*.

En las ciudades, el pueblo de la calle eran militares, obreros, trabajadores. En el campo, beatos y bandidos. Más controlada en las regiones de las grandes explotaciones agrícolas, la población rural lograba a veces hacerse oír donde predominaba la ganadería o la pequeña producción de subsistencia. En la tradición del Segundo Reinado y del comienzo de la República, los sertanejos estaban a menudo impulsados por una mezcla de motivación religiosa y política. Los dos ejemplos más importantes de este tipo de manifestación, en el período, fueron los movimientos de Contestado y de Juazeiro. El primero tuvo lugar en el sur del país, en tierras disputadas por los estados de Paraná y Santa Catarina; el segundo, en los sertones de Cariri, en el estado de Ceará.

El movimiento de Contestado sobrevivió más tiempo que el de Canudos, con el cual tenía ciertas semejanzas, gracias a su movilidad y al hecho de haberse localizado en una zona de bosques, lo que favorecía la defensa contra las expediciones militares. Se había iniciado con las prédicas del monje João Maria, todavía en el Imperio. Proclamada la República, el sucesor de João Maria reaccionó de forma negativa ante el nuevo orden, al que llamaba como la “ley de la perversión”, una expresión que evocaba a la “ley del perro”, que era el modo con el que el Conselheiro se refería al nuevo régimen. El movimiento se reactivó en 1911, bajo el liderazgo de un soldado desertor del Ejército, que se hizo llamar José Maria, pretendiendo ser hermano de João Maria. Haciendo uso de sus conocimientos militares, José Maria dotó de organización al movimiento e hizo más explícita la posición monárquica. Lanzó un manifiesto monárquico y nombró emperador a un hacendado analfabeto. Fue combatido con violencia, incluso con el uso de cañones. Protegidos por los bosques, los creyentes resistieron hasta 1915, cuando fueron dispersados por tropas federales. Se

ha estimado el número de creyentes entre 5.000 y 12.000.²⁴

El movimiento se basaba en valores igualitarios y en un estilo de vida comunitario. No había dinero, ni comercio, todo se repartía entre los “hermanos”. Las prácticas religiosas ocupaban casi todo el tiempo de los fieles. El libro sagrado era *Carlomagno y los 12 pares de Francia*. Había una guardia de honor, que se llamaba justamente “Los 12 pares de Francia”, compuesta por 24 personas, y no 12, pues se les escapaba a los creyentes el sentido de la expresión “par de Francia”. Profundamente religioso y utópico, el movimiento negaba radicalmente los peores rasgos del mundo rural de la Primera República, la desigualdad y la dependencia de la población no propietaria respecto de los dueños de la tierra. Los creyentes creían que el monje iba a retornar para establecer el reino de la felicidad, dando fin también a la República, el símbolo del mal.

El movimiento creado por el padre Cícero Romão Batista en Juazeiro, Ceará, también estuvo compuesto por población sertaneja, pero tuvo características distintas. Iniciado igualmente en el Imperio, tuvo su auge durante la Primera República, y el *Padim Cifo* vivió hasta 1934. La pequeña aldea de Juazeiro, que tenía unas seis casas cuando el Padre Cícero comenzó a predicar, llegó a contar con 40.000 en el momento de su muerte. El Padre Cícero procuró también formar una comunidad dominada por la religión. Juazeiro se volvió la Nueva Jerusalén, en la que no faltaban ni un Huerto de los Olivos ni un Santo Sepulcro. Pero allí terminaban las semejanzas con Canudos y Contestado. El Padre no desafiaba abiertamente a la religión ni se oponía a la República. Su movimiento no

era mesiánico, ni utópico, no representaba una alternativa radical a las realidades del mundo rural de la época. El Padre se metió en política, en los conflictos entre coroneles, fue prefecto, vicegobernador del estado. A su manera, él mismo fue un coronel paternalista. Trataba a los fieles como niños, aconsejaba, castigaba. Nada más revelador de la postura paternalista que el uso de la palmatoria para castigar a hombres con barba que se comportaban mal.²⁵

Juazeiro no fue una república radicalmente distinta de la república oficial, como sí lo fueron Canudo y Contestado. Pero, a su modo, dio cuenta de una exigencia hecha por los críticos republicanos de la República, como Oliveira Viana y Gilberto Amado: aproximar lo real a lo legal. Con su conocimiento profundo del alma sertaneja, con su habilidad al utilizar valores tradicionales para introducir elementos de la modernidad, el Padre Cícero creó una república paternalista más cercana a la población que la de los bachilleres y coroneles. Él mismo estaba más cerca del pueblo, era respetado y amado, algo que no podría decirse de ningún presidente de la República.

Hubo otros movimientos mesiánicos de menor expresión. En Caldeirão, también en Ceará, los seguidores de Cícero, los beatos José Lourenço y Severino, crearon su propia comunidad. Sus métodos eran distintos de los del *Padim*. Su comunidad se acercaba más al radicalismo de Contestado, sin dinero, sin propiedad particular. Acusada de prácticas comunistas, la comunidad fue bombardeada y destruida a comienzos de la década de 1930. Más de 400 seguidores de Senhorinho, un continuador de Severino, fueron masacrados por fuerzas militares.

La rebeldía sertaneja no se alimentó sólo de la religión. Los *cangaceiros*, bandidos so-

²⁴ Véase Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O messianismo no Brasil e no mundo*, pp. 268-282, y también Douglas Teixeira Monteiro, *Os errantes do novo século*.

²⁵ Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O messianismo...*, pp. 253-268, y Ralph della Cava, *Miracle at Joazeiro*.

ciales, eran producto del mismo mundo de los coroneles del que habían surgido Canudos y Juazeiro. Reaccionaban frente a la situación de desigualdad y arbitrariedad que predominaba en el sertón, pero usaban los mismos métodos y tácticas mundanos de los coroneles, sobre todo la violencia. También negociaban con los grandes propietarios y hasta con el gobierno, como cuando aceptaron combatir a la Columna Prestes. Eran, sin embargo, una forma de organización popular, dotada de fuerza propia. Como tal, escapaban al control de los propietarios y perturbaban a las autoridades. No casualmente su mayor enemigo eran las policías de los estados, formadas no obstante por personas de la misma extracción social.²⁶

Beatos y bandidos representaban formas de organización y de protesta de la población rural que se producían al margen del sistema político. Presentaban modelos alternativos al de la república oficial, con mayor o menor grado de radicalismo. Con excepción de Juazeiro, todos fueron destruidos a sangre y fuego y sólo dejaron rastros en la memoria popular. Canudos tuvo al menos la suerte de encontrar en Euclides da Cunha un intelectual de la élite que lo inmortalizó.

Cañones y vacunas

El pueblo civil era mantenido bajo control por la propia estructura social del país. El pueblo de las elecciones era encuadrado en los mecanismos legales de cooptación y de manipulación, el pueblo de la calle era casi siempre tratado a los tiros.

La violencia fue particularmente intensa en el combate a los movimientos mesiánicos rurales. De Canudos al beato Lourenço, los

creyentes fueron combatidos por tropas del Ejército y de la policía, que usaron artillería pesada. En el caso de Conselheiro, estaba la justificación de la supuesta amenaza al nuevo régimen. En los otros casos no existía justificación, aun cuando los rebeldes de Contestado se declarasen monárquicos. En Caldeirão, el pretexto era el comunismo. El Padre Cícero libró a su movimiento de la represión al insertarlo en el conflicto entre los grupos de la élite, que siempre se resolvía con menor grado de violencia. El *cangaço* también logró sobrevivir en cierta medida mientras formó parte del juego de los coroneles. Lampião mantenía correspondencia y negociaba con coroneles bahianos. Fue la Revolución de 1930, en su esfuerzo por combatir al coronelismo, la que dictaminó su violento fin en manos de la policía bahiana.

La violencia también fue predominante en el combate al pueblo urbano de la calle, ya sea el de los movimientos tradicionales, como la *Revolta da Vacina*, sea el de movimientos modernos, como las huelgas obreras, como el de la insurrección de los marineros. La famosa expresión de la época de que la cuestión social era una cuestión policial tenía un sentido preciso: era el delegado de policía el que se ocupaba del asunto de las huelgas. Era con él con quien tenían que negociar o luchar los huelguistas. Pero la violencia era menor que en el campo. El escenario urbano, la mayor visibilidad, incluso internacional a causa de los inmigrantes, aseguraban mayor protección al movimiento obrero. En las ciudades no se produjeron masacres como las de los sertones. En todos esos movimientos, no obstante, aparecía un rasgo común: la incapacidad del régimen de incorporar al pueblo de la calle, el pueblo políticamente activo.

La violencia no fue el único trato que el gobierno brindó a los tres pueblos de la República. La élite ilustrada formada en el último cuarto del siglo XIX estaba deslumbrada con las ideas de ciencia, progreso, civiliza-

²⁶ Sobre las bases sociales del *cangaço*, véase Rui Fa-có, *Cangaceiros e fanáticos: gênese e lutas*.

ción, modernidad. Parte de ella creía que el pueblo brasileño, debido a su composición racial y sus características culturales, era incapaz de seguir a otros pueblos en el camino de la modernidad. Euclides da Cunha, aun cuando exaltara al sertanejo, era escéptico respecto de su aptitud para el progreso, llegando incluso a prever su extinción.²⁷ Otra parte de la élite era menos pesimista. Juzgaba que la acción civilizadora del Estado podría recuperar a la población brasileña para la civilización. Misioneros del progreso, salidos de las escuelas técnicas (medicina, ingeniería, militares) combatieron el atraso en las ciudades y en el interior. En las ciudades, los representantes típicos de tales misiones fueron el médico Osvaldo Cruz y el ingeniero Pereira Passos, que emprendieron el saneamiento y la reforma urbana de Río de Janeiro. El primero, en su esfuerzo por vacunar de modo compulsivo a la población contra la viruela, terminó provocando la *Revolta da Vacina* de 1904.²⁸

En el interior, los más conspicuos misioneros de la civilización fueron los médicos sanitaristas Artur Neiva y Belisário Pena y el general Cândido Rondon. Neiva y Belisário recorrieron en 1912 buena parte del norte y el nordeste, para verificar que el país era un vasto hospital. Belisário creó a continuación una campaña nacional en favor del sanitarismo. Tuvo en Monteiro Lobato un divulgador entusiasta de sus ideas. El escritor paulista, que no creía en la capacidad del *matuto*, del *jeca*,* a quien consideraba un parásito, un

piojo de tierra, inadaptable a la civilización, pasó a decir, influido por los sanitaristas, que el *jeca* no era así, estaba así. La ciencia y la medicina lo salvarían.²⁹

El general Rondon, positivista ortodoxo, fue el primer director del Servicio de Protección a los Indios, creado en 1910. Recorrió el oeste abriendo rutas, extendiendo líneas de telégrafo, distribuyendo herramientas entre los indios. En la misma región, un intento insano de domesticar la naturaleza por medio de la técnica tuvo como resultado un desastre total. La construcción de la vía férrea Madeira Mamoré, que unía al Brasil con Bolivia, obra de empresarios norteamericanos, empleó a 30.000 obreros, de los cuales 6.000 murieron en la que luego sería llamada la Ferrovía del Diablo.³⁰

Los métodos que utilizaron los misioneros de la civilización, e incluso su visión del pueblo, eran muy superiores a los de aquellos que descreían de la población y a los de quienes sólo podían concebir la fuerza como instrumento de combate a lo que consideraban rebeldía y atraso. Sin embargo, los reformistas ilustrados tampoco se destacaban por las convicciones democráticas. El pueblo seguía siendo una masa inerte, enferma, analfabeta, que sólo podía ser tratado de manera paternalista, cuando no autoritaria y tecnocrática. Lobato, luego de su conversión, pregonó la entrega de todo el poder a los higienistas. Los misioneros del progreso, irónicamente, se veían como salvadores del pueblo, del mismo modo que los mesías del sertón. Sólo que no tenían el apoyo popular y la capacidad de movilización de estos últimos.

²⁷ Euclides da Cunha, *Os sertões*, p. XXIX.

²⁸ Véanse Nilson do Rosário Costa, *Lutas urbanas e controle sanitário: origens das políticas de saúde no Brasil*, y Jaime Larry Benchimol, "Pereira Passos, un Haussmann tropical", disertación de maestría.

* *Matuto*, *jeca*: distintas denominaciones del habitante del campo, sobre todo los de poca educación. La denominación *jeca-tatu*, nombre y símbolo del mestizo del interior del Brasil, proviene del personaje de un cuento de Monteiro Lobato. [N. de la T.]

²⁹ Véanse Belisário Pena, *O saneamento do Brasil*, y Monteiro Lobato, "Velha praga", en *Urupês*, pp. 269-276, y "Jeca Tatu", en *Problema vital*, pp. 329-340.

³⁰ Sobre Rondon, véase Esther de Viveiros, *Rondon conta sua vida*. Sobre la Ferrovía del Diablo, véase Francisco Foot Hardman, *Trem fantasma. A modernidade na selva*.

Salto por fuera

En 1922, la insurrección de los jóvenes oficiales de la Escuela Militar del Realengo y del Fuerte de Copacabana, provocada por una nueva cuestión militar vinculada con la campaña presidencial, inauguró el inicio de la crisis de la república oligárquica. El elemento perturbador fue la presencia de la fuerza armada, que se había mantenido silenciosa desde el gobierno del mariscal Hermes da Fonseca. El propio mariscal se vio al frente de la insurrección. Luego se produjo otra insurrección en 1924, aún separada del elemento civil. Pero en 1930 la alianza de la disidencia oligárquica con los militares puso fin al régimen.³¹

Dos años después de la primera insurrección, con objeto de celebrar el 35º aniversario del régimen, Vicente Licínio Cardoso organizó una antología de ensayos escritos por autores que habían nacido con la República.³² El tono de la mayoría de los ensayos era de crítica y desilusión. El propio organizador, republicano convicto, afirmaba en la conclusión del libro: “La gran y triste sorpresa de nuestra generación fue sentir que el Brasil retrocedió”. Y más aun: “Fue profunda nuestra desilusión, por cierto. [...] Vemos en cada momento, a nuestro alrededor, la negación, no sólo de todo lo que soñamos, sino también de todo lo que pensamos”.³³ Compartían el desencanto y las críticas algunos de los más respetados intelectuales de la época incluidos en la antología: Gilberto Amado, Pontes de Miranda, Tristão de Athaide, Oliveira Vianna. Un tema recurrente era el de la ausencia de

pueblo político en el Brasil. No había pueblo, no había clases organizadas, no había opinión pública, no había partidos, no había gobierno representativo, no había república, no había democracia. Se trataba de un diagnóstico que recordaba claramente la influencia de Alberto Torres, autor que admiraban todos los participantes de la antología. Torres había escrito en 1914: “Este Estado no es una nacionalidad; este país no es una sociedad; esta gente no es un pueblo. Nuestros hombres no son ciudadanos”.³⁴ Oliveira Vianna elaboró su análisis a partir de la comparación del Brasil con Inglaterra. En Inglaterra, la acción del gobierno estaba dirigida desde afuera hacia adentro, se originaba en la presión de las clases, los grupos, los clubes. En el Brasil, al contrario, el gobierno del pueblo era apenas el gobierno de clanes y *cotêries* politiqueras que controlaban los candidatos electos. No había organización social, opinión pública capaz de imponerse al gobierno. Nuestro problema, diagnosticaba, no residía en atacar a los gobiernos por no ser patrióticos. Ningún gobierno es espontáneamente patriótico, “nuestro gran problema político reside en obligar a los gobiernos a ser patrióticos”.³⁵

No se puede decir que las críticas de estos autores fuesen equivocadas. Todos comparaban un régimen republicano idealizado con la dura realidad y llegaban a la conclusión insoslayable de la distancia entre el Brasil real y el Brasil legal. Sin embargo, había en todos ellos una incapacidad para mirar al pueblo bajo una luz favorable, para percibir el lado positivo de las acciones del que llamé el pueblo de la calle. Ese pueblo activo era considerado fanático, u oscurantista, o revoltoso. El pueblo civil era simplemente ignorante, analfabeto, enfermo, un *Jeca Tatu*. El pueblo de

³¹ Sobre el papel de los militares, véase José Murilo de Carvalho, “As forças armadas na Primeira República: o poder desestabilizador”, en Boris Fausto (comp.), *História geral da civilização brasileira. O Brasil republicano*, tomo III, vol. 2, pp. 181-234.

³² Vicente Licínio Cardoso (comp.), *À margem da história da República*.

³³ *Ibid.*, pp. 303, 304.

³⁴ Alberto Torres, *A organização nacional*, p. 297.

³⁵ Oliveira Vianna, “El idealismo de la Constitución”, en Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, pp. 135-138.

las elecciones era una masa pasiva de manio-bra. En consecuencia, no veían una salida para la República que pasase por la intervención popular, que pasase por la democracia. Pontes de Miranda clamaba por una Segunda República a través de una reforma constitucional.³⁶ Gilberto Amado pedía la formación de “élites ilustradas de directores mentales”.³⁷ Oliveira Vianna deseaba que los legisladores tuviesen una nueva mentalidad. Pero tras de todas las salidas propuestas, estaba la indicación de Alberto Torres en el sentido de que el Estado debería retomar la tarea de organizar la nación.

La Primera República no logró unificar a sus tres pueblos. No pudo, o no buscó, transformar en ciudadano al *jeca* de Lobato, al sertanejo de Euclides, al beato de Contestado, al bandido social del *cangaço*, al obrero anarquista de las grandes ciudades. Liberal por la Constitución, oligárquica por la práctica, no fue fruto de la opinión democrática ni dispuso de instrumentos para promover esa opinión.

¿Pero sería ése un epitafio justo para el régimen que fue derribado por la insurrección de 1930? Al fin de cuentas, 1930 fue una versión muy mejorada del golpe de 1889. En lugar de un desfile militar por las calles de la capital, hubo un movimiento nacional surgido al calor de la reacción ante otra elección fraudulenta. Había de nuevo militares y había oligarquías disidentes, pero había también una simpatía generalizada entre intelectuales, entre sectores medios urbanos e incluso entre obreros. Sobre todo, el movimiento de 1930 se distinguió del de 1889 por los resultados. Redefinió de inmediato la agenda política nacional, recolocó al Estado en el liderazgo de la nación, puso la cuestión social y sindical

en el centro del escenario, generó movimientos de movilización popular, provocó una explosión de creatividad entre los pensadores de la sociedad y de la política. ¿De dónde habrían salido esas fuerzas renovadoras? ¿Eran simples flores de pantano?

Es posible interrogarse si el fracaso del régimen no estuvo decretado por los criterios que él mismo había establecido al definirse como república liberal, mientras que mediante mecanismos no vistos y no previstos continuaban avanzando las fuerzas de la sociedad. De alguna manera, el reprimido movimiento obrero de la vieja república incidió en la decisión de crear un Ministerio de Trabajo y en la legislación social, laborista y sindical; el excesivo dominio oligárquico gestó dentro de sí mismo una intelectualidad crítica y renovadora que contribuyó, por caminos muchas veces divergentes, a repensar y reorientar el país; el rebelde, indócil y marginado pueblo de las calles de las ciudades más grandes se vio, por primera vez, interpelado por los gobernantes; la desconfianza en el pueblo civil basada en sus características raciales fue subvertida por la valorización del mestizaje que promovió el mismo gobierno; la crítica al federalismo exagerado, que ya habían hecho los intelectuales de la década de 1920, ayudó a restaurar la capacidad del gobierno central para definir políticas nacionales.

Todo ocurre como si entre nosotros, ocultos por la distancia entre lo legal y lo real, funcionasen mecanismos insospechados de representación de los pueblos, que actúan en la construcción silenciosa y aparentemente pasiva de otra república.³⁸

³⁶ Pontes de Miranda, “Preliminares para a revisão constitucional”, en Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, pp. 143-177.

³⁷ Gilberto Amado, “As instituições políticas e o meio social no Brasil”, en Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, p. 66.

³⁸ La idea de una revolución pasiva, de origen gramsciano, fue aplicada al Brasil por Luiz Werneck Vianna en *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil*. Esta obra me sirvió de inspiración para la redacción de los últimos tres párrafos.

Bibliografia

- Amado, Gilberto (1990), “As instituições políticas e o meio social no Brasil”, en Vicente Licínio Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, Recife, FJN/Editora Massangana.
- — —, *Eleição e representação* (1969), Rio de Janeiro, Sá Cavalcanti Editores, 3ª edición (1ª edición de 1931).
- Barreto, Lima (1956), *Os bruzundangas*, San Pablo, Brasiliense.
- Benchimol, Jaime Larry (1982), “Pereira Passos, un Haussmann tropical. As transformações urbanas na cidade do Rio de Janeiro no início do século XX”, disertación de maestría, Universidad Federal de Rio de Janeiro.
- Bretas, Marcos Luiz (1997), *A guerra das ruas: povo e polícia na cidade do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional.
- Cardoso, Vicente Licínio (comp.) (1990), *À margem da história da República*, Recife, FJN/Editora Massangana (1ª edición de 1924).
- Carvalho, José Murilo de (1987), *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, San Pablo, Companhia das Letras.
- — —, “Cidadania: tipos e percursos” (1996), *Estudos Históricos*, 9, 18, pp. 337-359.
- — —, “As forças armadas na Primeira República: o poder desestabilizador”, en Fausto, Boris (comp.), *História geral da civilização brasileira. O Brasil republicano*, tomo III, vol. 2, pp. 181-234.
- Conniff, Michael L. (1981), *Urban politics in Brazil. The rise of populism, 1925-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Costa, Nilson do Rosário (1985), *Lutas urbanas e controle sanitário: origens das políticas de saúde no Brasil*, Petrópolis, Vozes.
- Couty, Louis (1988), *A escravidão no Brasil*, Rio de Janeiro, Fundação Casa de Rui Barbosa (trad. de Maria Helena Rouanet).
- Cunha, Euclides (1980), *Os sertões*, Rio de Janeiro, Francisco Alves.
- Della Cava, Ralph (1970), *Miracle at Joazeiro*, Nueva York, Columbia University Press.
- Facó, Rui (1965), *Cangaceiros e fanáticos: gênese e lutas*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2ª edición.
- Fausto, Boris (1977), *Trabalho urbano e conflito social*, San Pablo, Difel.
- — —, (comp.) (1975, 1977), *História geral da civilização brasileira. O Brasil republicano*, San Pablo, Difel, tomo III, vols. 1 y 2.
- Ferreira, Marieta de Moraes (comp.) (1989), *A República na velha província*, Rio de Janeiro, Rio Fundo.
- Foot, Francisco e Victor Leonardi (1982), *História da indústria e do trabalho no Brasil (das origens aos anos 20)*, San Pablo, Global Editora.
- Hardman, Francisco Foot (1988), *Trem fantasma. A modernidade na selva*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Leal, Victor Nunes (1948), *Coronelismo, enxada e voto*, Rio de Janeiro, Forense.
- Lessa, Renato (1988), *A invenção republicana. Campos Sales, as bases e a decadência da Primeira República brasileira*, San Pablo/Rio de Janeiro, Vértice/IUPERJ.
- Lobato, Monteiro (1959), “Velha praga”, en *Urupês*, San Pablo, Brasiliense, pp. 269-276.
- — —, “Jeca Tatu” (1959), en: *Problema vital*, San Pablo, Brasiliense, pp. 329-340.
- Miranda, Pontes de (1990), “Preliminares para a revisão constitucional”, en Vicente Licínio Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, Recife, FJN/Editora Massangana, pp. 143-177.
- Nicolai, Jairo Marconi (1998) (comp.), *Dados eleitorais do Brasil*, Rio de Janeiro, IUPERJ/Revam.
- IBGE (1990), *Estatísticas históricas do Brasil*, Séries Econômicas, Demográficas e Sociais de 1550 a 1988, Rio de Janeiro, 2ª edición.
- Martins, Hélio Leôncio (1988), *A revolta dos marinheiros, 1910*, San Pablo/Rio de Janeiro, Editora Nacional/Serviço de Documentação Geral da Marinha.
- Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio, Diretoria do Serviço de Estatística (1914), *Estatística eleitoral da República dos Estados Unidos do Brasil*, Rio de Janeiro, Typographia do Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio.
- Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio, Diretoria Geral de Estatística (1926), *Recenseamento do Brasil realizado em 1º de setembro de 1920*, Rio de Janeiro, Typographia da Estatística.
- Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio, Serviço de Informações (1924), *Salário dos trabalhadores rurais no Brasil*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional.
- Ministério da Agricultura, Indústria e Commercio, Serviço de Informações (1927), *Salários rurais*. Inquérito organizado pelo Serviço de Inspeção e Fomento Agrícolas sobre as oscilações dos salários rurais em todo o país, durante o quinquênio de 1922-1926, Rio de Janeiro, Officinas Typographicas do Serviço de Informações do Ministério da Agricultura.
- Monteiro, Duglas Teixeira (1974), *Os errantes do novo século*, San Pablo, Duas Cidades.

- Morel, Edmar (1979), *A revolta da Chibata*, Río de Janeiro, Graal, 3ª edición.
- Pang, Eul-Soo (1979), *Coronelismo e oligarquias, 1889-1943*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Pena, Belisário (1918), *O saneamento do Brasil*, Río de Janeiro, Revista dos Tribunais.
- Penna, Lincoln de Abreu (1997), *O progresso na ordem. O florianismo e a construção da República*, Río de Janeiro, Sette Letras.
- Queiroz, Suely R. R. de (1986), *Os radicais da República. Jacobinismo: ideologia e ação, 1893-1897*, San Pablo, Brasiliense.
- Ramos, Guerreiro (1961), *A crise no poder no Brasil*, Río de Janeiro, Zahar.
- Romero, Sylvio (1907), *O Brasil social* (Vistas synthéticas obtidas pelos processos de Le Play), Río de Janeiro, Typ. do Jornal do Commercio de Rodrigues & C.
- Sales, Campos (1908), *Da propaganda à Presidência*, San Pablo, s/ed.
- Santos, Wanderley Guilherme dos (coord.) (1990), *Que Brasil é este?* Manual de indicadores políticos e sociais, San Pablo, Vértice, Editora Revista dos Tribunais.
- Schwartzman, Simon (1975), *São Paulo e o Estado nacional*, San Pablo, Difel.
- Senna, Homero (1969), *Gilberto Amado e o Brasil*, Río de Janeiro, José Olympio.
- Sevcenko, Nicolau, *A Revolta da Vacina. Mentes insanas em corpos rebeldes*, San Pablo, Brasiliense, 1984.
- Simão, Azis (1966), *Sindicato e Estado. Suas relações na formação do proletariado de São Paulo*, San Pablo, Dominus.
- Silva, Eduardo (1988), *As queixas do povo*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Souza, Francisco Belisário Soares de (1979), *O sistema eleitoral no Império*, Brasília, Senado Federal.
- Torres, Alberto (1933), *A organização nacional*, San Pablo, Cia. Editora Nacional, 1ª edición de 1914.
- Vianna, Luiz Werneck (1997), *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil*, Río de Janeiro, Revan.
- Vianna, Oliveira (1990), "El idealismo de la Constitución", en Vicente Licínio Cardoso (comp.), *À margem da história da República*, Recife, FJN/Editora Massangana, pp. 121-141.
- Viveiros, Esther de (1958), *Rondon conta sua vida*, Río de Janeiro, Liv. São José.